

Louisa May Alcott

El mantel de Tabby



E LEJANDRIA

Louisa May Alcott
El mantel de Tabby

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL MANTEL DE TABBY

LOUISA MAY ALCOTT

PUBLICADO: 1884

FUENTE: ONLINE-LITERATURE.COM

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL MANTEL DE TABBY

La tormenta duró toda la noche, y a la mañana siguiente los ventisqueros eran más altos, el viento más fuerte y la nieve caía con mayor intensidad que nunca. Durante el día, los niños recorrieron la gran casa entretenidos como podían; y cuando llegó la tarde, se reunieron de nuevo en torno al fuego, ansiosos por escuchar el cuento prometido de la abuelita.

—Estoy un poco resfriada —dijo la anciana—, y tengo demasiada ronquera para hablar, queridos; pero la tía Elinor ha encontrado un manojo de viejos cuentos que le fui contando en distintos momentos y que ella fue anotando. Os gustará más oírla leer que mi torpe manera de contarlos, y yo puedo ayudar a Minnie y a Lotty con su labor, pues veo que están empeñadas en aprender a hilar.

Los jóvenes acogieron bien la propuesta de la abuela, pues la tía Nell era la favorita de todos: alegre, bondadosa y muy aficionada a los niños, y la única tía soltera de la familia. Entonces ella sacó con una sonrisa una vieja cartera descolorida y, pasando las hojas de un montoncito de manuscritos, dijo con su tono agradable:

—Aquí hay de todo tipo, recogidos en mis viajes por dentro y fuera del país; y para que a todos os guste, he puesto los títulos en papelitos dentro de esta cestita, y cada uno puede sacar uno por turno. ¿Os parece bien, distinguido público?

—Sí, sí. Geoff es el mayor, que empiece él —exclamó la chiquillería, revoloteando como una bandada de pájaros antes de posarse.

—Las chicas primero —respondió el muchacho, con un gesto hacia la prima mayor.

Lotty metió la mano y, tras rebuscar un poco, sacó un papel en el que estaba escrito: «El mantel de Tabby». «¿Es bueno?», preguntó, pues Geoff parecía decepcionado.

—También hay batallas, aunque la protagonista sigue siendo una chica —respondió la tía Nell buscando el manuscrito.

—Creo que con dos revoluciones tenéis bastante, general —añadió la abuelita riendo.

—¿Ganamos en las dos? —preguntó el muchacho, animándose al instante.

—Sí.

—De acuerdo, voto por «El trapo de Dolly», o como se llame; aunque no veo qué puede tener que ver con la guerra —añadió.

—Ay, querido, las mujeres tienen su papel tanto como los hombres en esos tiempos, y lo cumplen con valentía, aunque no se hable tanto de su coraje. Siempre he deseado que alguien reuniera todo lo que pueda hallarse sobre estas heroínas olvidadas y lo pusiera en un libro para que lo leyésemos, admirásemos e imitásemos cuando nos llegue el turno.

La abuela miró pensativa al fuego mientras hablaba, y Lotty dijo, con los ojos puestos en la cartera:

—Quizás la tía Nell lo haga por nosotras. Así la historia no sería tan árida y podríamos glorificar a nuestras antepasadas tanto como a los antepasados.

—Ya veré qué encuentro. Ahora a hilar, Minnie, y quietecitos, chicos... si podéis.

Entonces, tras colocar el escabel de la abuela y subir la lámpara, la tía Nell leyó el cuento de

EL MANTEL DE TABBY

El 20 de marzo de 1775, una niña caminaba a paso vivo por un camino rural con una cesta de huevos en el brazo. Parecía tener mucha prisa y miraba con inquietud a su alrededor mientras avanzaba, pues eran tiempos agitados y Tabitha Tarbell vivía en un pueblo que tuvo un papel señalado en la Revolución. Era una muchacha de catorce años, de mejillas sonrosadas y ojos vivos, llena de vigor, valentía y patriotismo; muy excitada entonces por los frecuentes rumores que llegaban a Concord de que los británicos venían a destruir los pertrechos enviados allí para su custodia mientras el enemigo ocupaba Boston. Tabby ardía de indignación ante la idea y —hablando en sentido figurado— le sacudía el puño al augusto rey Jorge, siendo una pequeña rebelde acérrima, dispuesta a luchar y morir por su patria antes que someterse a ninguna tiranía.

En casi todas las casas había algo valioso escondido. El coronel Barrett guardaba seis barriles de pólvora; Ebenezer Hubbard, sesenta y ocho barriles de harina; hachas, tiendas de campaña y palas estaban en casa de Daniel Cray; y el capitán David Brown tenía fusiles, cartuchos y balas de mosquete. Los cañones estaban ocultos en el bosque; se fabricaban armas de fuego en los molinos de Barrett; cartucheras, correaes y pistoleras, en casa de Reuben Brown; salitre en la de Josiah Melvin; y se preparaba abundante harina de avena en casa del capitán Timothy Wheeler. Al amanecer se disparaba un cañonazo, una guardia de diez hombres patrullaba el pueblo de noche, y los valientes granjeros se preparaban para lo que sentían que tenía que llegar.

Había tories en el pueblo que proporcionaban al enemigo toda la información que podían reunir; por eso era necesaria mucha cautela al hacer planes, no fuera que esos enemigos los traicionaran. Se adoptaron contraseñas, se usaron señales secretas y se enviaron mensajes de casa en casa de las maneras más ingeniosas. Uno de esos mensajes estaba escondido bajo los huevos de la cesta de Tabby, y la valiente muchacha cumplía un encargo importante de su tío, el capitán David Brown, para el diácono Cyrus Hosmer, que vivía al otro extremo del pueblo, junto al puente Sur. Ya la habían empleado varias veces para el mismo cometido y había demostrado

ser de ingenio rápido, corazón firme y pies ligeros. Ahora, mientras trotaba con su capa y capuchón escarlatas, deseaba poder distinguirse aún más con algún gran acto heroico; pues el buen pastor Emerson le había dado unas palmaditas en la cabeza y le había dicho: «Bien hecho, muchacha», cuando supo cómo había corrido toda la noche hasta casa del capitán Barrett para advertirle de que el doctor Lee, el tory, había sido sorprendido enviando información sobre ciertos planes secretos al enemigo.

—Haría más que eso, aunque fue una carrera aterradora por el bosque oscuro. ¿No querrían esos dos saber todo lo que yo sé sobre los pertrechos? Pero no se lo diría, ni aunque me clavarán una bayoneta. No les tengo miedo —y Tabby sacudió la cabeza con desafío mientras se detenía a cambiarse la cesta de brazo.

Pero era evidente que sí le tenía miedo a algo, pues sus mejillas encendidas palidecieron y el corazón le dio un vuelco cuando dos hombres aparecieron a la vista y se detuvieron de golpe al verla. Eran forasteros; y aunque nada en su vestimenta lo delataba, el ojo avizor de la muchacha vio que eran soldados: el paso y el porte lo revelaban, y la rapidez con que aquellos marciales caballeros se transformaron en tranquilos viajeros despertó su suspicacia al instante. Cruzaron unas palabras en susurros; luego siguieron adelante, blandiendo sus gruesos bastones, uno silbando y el otro escudriñando el solitario camino por delante y por detrás.

—Bonita moza, ¿me puede decir dónde vive Mr. Daniel Bliss? —preguntó el más joven con una sonrisa y un saludo.

Tabby ya estaba segura de que eran británicos, pues la voz era grave y llena, el rostro era el de un inglés colorado, y el hombre que buscaban era un tory de los más conocidos. Pero no dio señales de alarma, más allá del rubor recatado de sus mejillas, y respondió con cortesía:

—Sí, señor, un poco más allá.

—Gracias, y un beso por ello —dijo el joven inclinándose para dárselo. Pero recibió una sonora bofetada en la oreja, y Tabby salió

corriendo hecha una furia.

Con una carcajada, los hombres siguieron su camino, sin imaginar en absoluto que la pequeña rebelde iba a convertirse ella misma en espía y a tomarles la delantera. Tabby fue a toda prisa a casa del diácono Hosmer, cumplió su encargo y añadió la noticia de que había forasteros en el pueblo. «Tenemos que saber más de ellos —dijo el diácono—. Cámbiela de ropa, señora, y mándela con los huevos a Mrs. Bliss. No nos hacen falta los que tenemos, y Tabby puede observar bien mientras descansa y cotillea allí. Hay que vigilar a Bliss de cerca, pues es un bribón y nos causará daño».

Tabby se fue con una capa y capuchón azules, muy contenta con su misión; y al llegar a casa del tory hacia el mediodía, percibió desde lejos un apetitoso aroma a carne asada y pasteles en el horno.

Acercándose de puntillas a la puerta trasera, se asomó por una pequeña ventana y vio a Mrs. Bliss y a su criada trajinando en la amplia cocina, demasiado ocupadas para reparar en la pequeña espía, que rodeó la casa hasta la fachada principal para echar un vistazo general antes de entrar. Todo lo que vio confirmó sus sospechas, pues en el salón había una mesa puesta con gran boato: las jarras de plata, la mejor vajilla y el fino mantel de damasco que el ama de casa reservaba para los días de fiesta. Otro vistazo más a través de las lilas que bordeaban las ventanas del gabinete le mostró a los dos forasteros reunidos con Mr. Bliss, hablando los tres con animación pero en voz demasiado baja para que alcanzara a ella ni una sola palabra, por agudos que fueran sus oídos.

«Voy a averiguar qué traman. Estoy segura de que es alguna fechoría, y no voy a volver con las manos vacías», pensó Tabby; y entrando resueltamente a la cocina, presentó sus huevos con un recado cortés de parte de Madame Hosmer.

—Son muy bien recibidos, niña. He gastado un montón en mis natillas y necesito más para el ponche. Tenemos visita a cenar sin avisar y estoy muy apurada —dijo Mrs. Bliss, que parecía

preocupada por algo además de la cena y en su agitación olvidó sorprenderse del regalo tan inusual, pues los vecinos los rehuían y la pobre mujer tenía muchas inquietudes por la situación de su marido, con la familia dividida: un hermano tory y otro rebelde.

—¿Puedo ayudar, señora? Soy muy buena batiendo huevos, eso dice la tía Hitty. Estoy cansada y no me importaría sentarme un rato si no estorbo —dijo Tabby, resuelta a descubrir algo más antes de marcharse.

—Pero sí que estorbas. No necesitamos ayuda, así que mejor te marchas a casa, no sea que algo más que los huevos acabe siendo batido. Las chismosas no son bienvenidas aquí —dijo la vieja Puah, la criada, una solterona agria que simpatizaba con su amo y declaraba abiertamente que esperaba que los británicos aplastaran a los rebeldes yanquis pronto y con dureza.

Mrs. Bliss estaba en la despensa y no oyó nada de este pequeño duelo de palabras, pues Tabby se indignó vivamente ante el calificativo de «chismosa», aunque sabía que los hombres del gabinete no eran los únicos espías de la casa.

—Cuando os echen a todos del pueblo y quemen esta casa hasta los cimientos, quizás agradezcáis mi ayuda, y os deseo que la encontréis. Buenos días, vieja gruñona —respondió la insolente Tabby; y agarrando su cesta, salió de la cocina con la nariz en alto.

Pero al pasar por la fachada de la casa, no pudo resistir otro vistazo a la elegante mesa puesta para cenar, pues en aquellos días pocos tenían tiempo ni ánimo para banquetes y la mejor mantelería y vajilla raramente aparecían. Una ventana estaba abierta, y mientras la muchacha se asomó, algo se movió bajo el largo mantel que llegaba hasta el suelo. No era el viento, pues el día de marzo era tranquilo y soleado, y al poco asomó la cabeza de un gato gris y la gata se acercó ronroneando a recibir a la recién llegada, cuyo paso la había despertado de su siesta.

«Donde se esconde una tabby, puede esconderse otra. ¿Me atrevo? ¿Qué pasaría si me descubrieran? Qué estupendo sería

poder oír lo que traman estos hombres. ¡Lo haré!»

Un ruido en la habitación contigua la decidió; y empujando la cesta entre los arbustos, saltó ágilmente adentro y desapareció bajo la mesa, dejando a la gata lavándose tranquilamente la cara en el alféizar.

En cuanto lo hizo, el corazón de Tabby empezó a latirle con fuerza; pero ya era demasiado tarde para echarse atrás, pues en ese mismo instante entró apresuradamente Mrs. Bliss, y la pobre muchacha no pudo hacer otra cosa que hacerse lo más pequeña posible, completamente oculta bajo los largos pliegues que caían por todos lados de la amplia mesa a la antigua usanza. No descubrió nada de la charla de las mujeres, pues giraba en torno a la cuajada de salvia, el ponche de huevo, el cerdo asado y los lamentos por un pastel quemado. Para cuando se sirvió la cena y se llamó a los invitados, Tabby estaba lo bastante serena para tener todos sus sentidos alerta y el orgullo le daba valor para estar preparada para las consecuencias, fueran las que fuesen.

Durante un tiempo, los hambrientos caballeros estuvieron demasiado ocupados comiendo para hablar mucho; pero cuando Mrs. Bliss salió y llegó el ponche, estaban listos para los negocios. Se cerró la ventana, con lo que Tabby se alegró de estar dentro; los que hablaban se acercaron más y hablaron tan bajo que solo captaba una frase de vez en cuando, lo que le hacía tirarse del pelo de desesperación; y juraron bastante, para gran horror de la piadosa muchachita acurrucada a sus pies. Pero oyó lo suficiente para comprobar que tenía razón: aquellos hombres eran el capitán Brown y el alférez De Bernicre, del ejército británico, que habían venido a averiguar dónde estaban almacenados los pertrechos y cómo de bien defendido estaba el pueblo. Oyó cómo Mr. Bliss les contaba que algunos de los «rebeldes», como llamaba a sus vecinos, le habían hecho saber que no saldría del pueblo con vida, y que temía mucho por su vida y sus bienes. Oyó cómo los ingleses le decían que si se iba con ellos le protegerían; pues estaban armados y tres juntos podrían sin duda escapar sanos y salvos, ya que nadie sabía de la

llegada de los forasteros más que la chiquilla que les había indicado el camino. Entonces «la chiquilla» asintió con la cabeza enérgicamente y esperó que al que hablaba le siguiera zumbando la oreja por la bofetada que le había dado.

Mr. Bliss aceptó encantado el plan y les dijo que él les mostraría el camino a Lexington, que era una ruta más corta a Boston que por Weston y Sudbury, el camino por el que habían venido.

—¿Pelearán estas gentes? —preguntó el alférez De Bernicre.

—Ahí va un hombre que luchará con vosotros hasta la muerte —respondió Mr. Bliss, señalando a su hermano Tom, que trabajaba en un campo lejano.

El alférez volvió a soltar un juramento y dio un taconazo que cayó sobre la mano de la pobre Tabby, que se había inclinado hacia delante para no perder palabra. El cruel golpe estuvo a punto de arrancarle un grito, pero se mordió los labios y no se movió, aunque se quedó sin fuerzas del dolor. Cuando pudo volver a escuchar, Mr. Bliss estaba contándoles todo lo que sabía sobre los escondrijos de la pólvora, el grano y los cañones que el enemigo quería capturar y destruir. No podía decirles mucho, pues los secretos se habían guardado bien; pero si hubiera sabido que nuestra joven rebelde estaba tomando nota de sus palabras bajo su propia mesa, quizás habría sido menos precipitado en traicionar a sus vecinos. Nadie sospechaba que hubiera una escucha, sin embargo, y todo lo que pudo hacer Tabby fue fruncir el ceño ante tres pares de botas embarradas y desear ser hombre para poder enfrentarse a quienes las calzaban.

Estuvo a punto de tener la oportunidad de pelear o huir, pues justo cuando se disponían a levantarse de la mesa, un estornudo repentino estuvo a punto de delatarla. Creyó que estaba perdida y ocultó la cara, esperando ser arrastrada fuera —quizás para sufrir la muerte en el acto— por la ira de los hombres de guerra.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó el alférez, ante el silencio súbito que siguió a aquel fatal sonido.

—Ha venido de debajo de la mesa —añadió el capitán Brown, y una mano levantó un extremo del mantel.

Un escalofrío recorrió a Tabby y contuvo la respiración, con los ojos clavados en aquella mano grande y morena; pero al momento siguiente hubiera podido reírse de alegría, pues la gata la salvó. La gata se había acercado a dormitar sobre sus cálidas faldas y cuando levantaron el mantel, creyendo que su amo iba a darle de comer, la gata se incorporó y salió ronroneando con fuerza, el rabo erguido, con la punta blanca ondeando como una bandera de tregua.

—Es solo la vieja gata, caballeros. Un buen animal y, afortunadamente para nosotros, incapaz de contarle nada a nadie sobre nuestra conferencia —dijo Mr. Bliss con aire de alivio, pues la sola idea de que hubiera un escucha le había sobresaltado.

—Ha estornudado como si fuera una vieja tabaquera, como esa anciana a quien preguntamos el camino allá arriba —rió el alférez al ponerse todos en pie.

—¡Y ahí viene, como si nuestros granaderos fueran tras ella! —exclamó el capitán, al acercarse el sonido de pasos y una voz llorosa cada vez más próxima.

Tabby tomó aliento profundamente y se prometió rogar o comprar a la querida gata que la había salvado de la perdición. Luego olvidó su propio peligro al escuchar a la pobre mujer, que entró llorando diciendo que sus vecinos le habían dicho que tenía que abandonar el pueblo de inmediato o la embrearían y empendumarían por haberle mostrado el camino a la casa de un tory a unos espías.

«Menos mal que vine y escuché sus planes, o podría verme en la misma situación», pensó la muchacha, sintiéndose que cuantos más peligros afrontaba, mayor heroína sería.

Mr. Bliss consoló a la pobre mujer diciéndole que se quedara allí hasta que los vecinos la olvidaran, y los oficiales le dieron dinero para compensar el costoso servicio que les había prestado. Luego salieron del cuarto y tras cierto retraso los tres hombres partieron; pero Tabby se vio obligada a permanecer en su escondite hasta que

se recogió la mesa y las mujeres se enfrascaron en cotilleos mientras fregaban los platos en la cocina. Entonces la pequeña espía salió sigilosamente y, levantando la ventana con gran cuidado, echó a correr tan rápido como sus entumecidos miembros se lo permitían.

Pero para cuando llegó a casa del diácono y contó lo que había visto, los tories llevaban ya buen trecho de camino, pues Mr. Bliss les había proporcionado caballos para que su propia huida fuera más veloz.

Así escaparon; pero la advertencia se dio, y Tabby recibió grandes alabanzas por su hora bajo la mesa. Los vecinos aceleraron sus preparativos y tuvieron tiempo de trasladar los pertrechos más valiosos a los pueblos vecinos; de montar sus cañones y adiestrar a sus milicianos; pues estos decididos granjeros tenían intención de resistir la opresión, y el mundo sabe de sobra cómo lo hicieron cuando llegó el momento.

Hacía muchos años que no se conocía una primavera tan temprana; y para el 19 de abril los árboles frutales ya estaban en flor, el trigo de invierno había brotado y los majestuosos olmos que bordeaban el río y formaban bóveda sobre las calles del pueblo estaban echando yemas rápidamente. Parecía una lástima que un mundo tan hermoso se viera turbado por la contienda; pero la libertad era más cara que la prosperidad o la paz, y la gente saltó de la cama cuando el joven doctor Prescott llegó cabalgando a rienda suelta con el mensaje que Paul Revere había traído de Boston en la noche:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Los británicos vienen!

Como una chispa eléctrica, la noticia corrió de casa en casa, y los hombres se prepararon para luchar mientras las valientes mujeres les despedían e hicieron cuanto pudieron para guardar el tesoro que se les había confiado. Poco después llegó la noticia de que los británicos estaban en Lexington y se había derramado sangre. Entonces los granjeros se echaron los fusiles al hombro, con pocas palabras pero semblantes severos, y al amanecer cien hombres

estaban listos, con el buen pastor Emerson a la cabeza. Llegaban más hombres de los pueblos vecinos y todos sentían que había llegado la hora en que la paciencia dejaba de ser una virtud y la rebelión era justa.

La agitación era grande en todas partes; pero en casa del capitán David Brown, un pequeño corazón latía con fuerza entre la esperanza y el miedo, mientras Tabby estaba en la puerta mirando hacia el pueblo al otro lado del río, donde resonaban los tambores, tañían las campanas y la gente corría de un lado a otro.

—No puedo luchar, pero tengo que ver —dijo; y agarrando su capa, cruzó corriendo el puente Norte, prometiendo a su tía regresar y traerle noticias en cuanto apareciera el enemigo.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Vienen? —gritaban los vecinos desde la rectoría y las pocas casas que entonces se alzaban a lo largo de aquel camino. Pero Tabby solo podía mover la cabeza negativamente y correr más deprisa, ansiosa por ver lo que estaba ocurriendo en aquel memorable día. Cuando llegó al centro del pueblo, encontró que la pequeña compañía había salido por el camino de Lexington al encuentro del enemigo. Sin arredrarse, se apresuró en esa dirección y, subiéndose a un terraplén elevado, esperó a divisar a los granaderos británicos, de quienes tanto había oído hablar.

Hacia las siete llegaron: el sol brillando en las armas de ochocientos soldados ingleses que marchaban hacia los cien fornidos granjeros que les esperaron hasta tenerlos a pocos metros.

—Mantengamos nuestra posición; y si hemos de morir, muramos aquí —dijo el valeroso pastor Emerson, que seguía entre su gente, dispuesto a todo menos a rendirse.

—No —dijo un cauto vecino de Lincoln—. No nos corresponde a nosotros iniciar la guerra.

Así que se retiraron a regañadientes hacia el pueblo, siguiéndoles los británicos despacio, pues venían rendidos de su marcha de siete millas por las colinas desde Lexington. Al llegar a una casita baja encaramada en la ladera, uno de los sedientos oficiales divisó un

pozo con el cubo colgando del extremo del largo palo. Subiendo por el terraplén, estaba a punto de beber cuando una muchacha que se ocultaba detrás del pozo se incorporó de un salto y, con un gesto enérgico, le arrojó el agua a la cara, exclamando:

—¡Así tratamos a los espías!

Antes de que el alférez De Bernicre —pues era él, haciendo de guía para el enemigo— pudiera limpiarse los ojos y secarse la cara empapada, Tabby ya había desaparecido al otro lado de la colina con una carcajada y un gesto desafiante hacia los casacas rojas de más abajo.

Muy engreída tras esta hazaña, correteó por el pueblo observando a los británicos en su obra de destrucción. Derribaron y quemaron el poste de la libertad, forzaron y vaciaron sesenta barriles de harina, arrojaron quinientas libras de balas al estanque del molino y a los pozos, y prendieron fuego al palacio de justicia. Otras partidas recibieron la orden de registrar distintos barrios del pueblo en busca de casas y destruir todos los pertrechos que encontraran. Se envió al capitán Parsons a tomar posesión del puente Norte, y De Bernicre le guio, pues había tomado buena nota en su visita anterior y conocía el terreno. Mientras marchaban, una pequeña figura escarlata corría delante de ellos y desaparecía al doblar el camino. Era Tabby, que se apresuraba a casa para avisar a su tía.

—Rápido, niña, ponte este camisón y cofia y métete en la cama. Estos entrometidos tendrán que apiadarse de una chica enferma y respetar esta habitación si no respetan ninguna otra —dijo Mrs. Brown con diligencia ayudando a Tabby a ponerse un camisón corto y una cofia redonda, y arropándola bien en cuanto se hubo acostado, pues entre las mullidas plumas escondidas estaban muchos mosquetes, los más preciados de sus pertrechos. Esto lo habían planeado de antemano, y Tabby se alegró de descansar y contar su historia mientras la tía Brown colocaba frascos de medicina y vasos en la mesilla, ponía unas hierbas de olor desagradable a hervir en el hogar y, transigiendo con su conciencia, preparaba un elaborado cuento para contarles a los invasores.

Pronto llegaron, y fue una suerte para Tabby que el alférez se quedara abajo a guardar las puertas mientras los hombres registraban la casa de arriba abajo; pues podría haber reconocido a la insolente muchacha que le había maltratado en dos ocasiones.

—Son plumas; levanten las tapas con cuidado o se ahogarán a medias, que vuelan mucho —dijo Mrs. Brown cuando los hombres llegaron a unos barriles de cartuchos y pedernales que ella había cubierto astutamente vaciando varias almohadas encima.

Completamente engañados, los hombres pasaron de largo con gusto, dejando atrás precisamente lo que más querían destruir. Llegando al dormitorio, donde más tesoros del mismo valioso tipo estaban ocultos en varios rincones y escondrijos, el ama levantó un dedo diciendo con una mirada ansiosa hacia Tabby:

—Den un paso suave, por favor. No querrán hacerle daño a una pobre chica enferma. El médico cree que es viruela, y un susto podría matarla. Procuro airear la habitación con estas hierbas, así que no creo que haya mucho peligro de contagio.

Los hombres asomaron con desgana la cabeza, vieron un rostro colorado en la almohada —pues Tabby estaba encarnada de tanto correr y sus ojos negros brillaban de emoción—, olfatearon la artemisa y la marrubiera, y echando un vistazo apresurado a uno o dos armarios donde varias prendas de ropa ocultaban puertas secretas, se retiraron precipitadamente a comunicar el peligro y alejarse cuanto antes.

Habrían sentido mucha indignación por la treta que les habían jugado si hubieran visto a la enferma saltar de la cama y bailar una jiga de alegría mientras ellos se alejaban a paso marcial hacia los molinos de Barrett. Pero pronto Tabby no tuvo ganas de alegrarse, pues vio cómo los milicianos se reunían junto al puente, vio a los británicos bajar por el otro lado, y cuando su primera descarga mató al valiente Isaac Davis y a Abner Hosmer, de Acton, oyó al mayor Buttrick dar la orden: «¡Fuego, soldados! ¡Por el amor de Dios, fuego!»

Durante un momento resonaron los disparos, se levantó el humo, se oyeron gritos, y casacas rojas y azules se mezclaron en la lucha sobre el puente. Luego los británicos retrocedieron, dejando atrás dos soldados muertos. Fueron enterrados donde cayeron; y los cuerpos de los hombres de Acton fueron enviados a sus pobres esposas: los primeros mártires de Concord por la libertad.

No hace falta contar más de la historia de aquel día; todos los niños la conocen y muchos han hecho la peregrinación para ver el viejo monumento erigido donde cayeron los ingleses, y el Minuteman de bronce, sobre su pedestal de granito, para señalar el lugar donde los valientes granjeros de Concord dispararon el tiro que hizo inmortal al viejo puente Norte.

Hay que seguir a Tabby y contar cómo consiguió su mantel. Cuando acabó la batalla, enterraron a los muertos, se atendió a los heridos y se canjearon los prisioneros, los tories recibieron su castigo. Al doctor Lee se le confinó en su propia granja bajo pena de ser fusilado si la abandonaba, y el gobierno confiscó los bienes de Daniel Bliss. Algunas cosas se vendieron en subasta, y el capitán Brown compró el fino mantel y se lo dio a Tabby diciéndole de todo corazón:

—Aquí tienes, muchacha, esto te pertenece y bien puedes estar orgullosa de ello; pues gracias a tu agudeza y a tus ojos y oídos no nos tomaron por sorpresa, sino que mandamos a los casacas rojas de vuelta más deprisa de lo que vinieron.

Y Tabby se enorgulleció de él, guardándolo con cuidado, exhibiéndolo con inmensa satisfacción cada vez que contaba la historia e hilando con ahínco para hacer un juego de servilletas que lo acompañaran. Cubrió la mesa cuando se sirvió la cena de su boda, se usó en el bautizo de su primer hijo y en muchos banquetes del Día de Acción de Gracias y de Navidad a lo largo de los años felices de su vida de casada.

Luego sus hijas lo guardaron como reliquia de la juventud de su madre, y mucho después de que la anciana hubiera desaparecido, el

desgastado mantel seguía apareciendo en las grandes ocasiones, hasta que quedó tan raído que solo era digno de guardarlo con cuidado para ilustrar la historia que los nietos contaban con tanto orgullo, quienes tenían dificultades para creer que la decrepita anciana de noventa años pudiera ser la jovial muchacha que había representado su pequeño papel en la Revolución con tanta brío.

En 1861, el mantel de Tabby presencié otra guerra e hizo un fin honroso. Cuando se llamó a los hombres, Concord respondió «¡Aquí!» y envió un buen número de ellos, encabezados por otro valiente coronel Prescott. Barretts, Hosmers, Melvins, Browns y Wheelers estuvieron hombro con hombro, como sus abuelos estuvieron aquel día frente a los británicos junto al puente. Las madres dijeron «Ve, hijo mío» con la misma valentía que antes, y las hermanas y novias sonrieron con los ojos húmedos mientras los chicos de azul marchaban de nuevo, alentados por otro noble Emerson. Más de uno de los descendientes de Tabby fue: unos a luchar, otros a servir de enfermeros; y durante cuatro largos años el viejo pueblo trabajó y esperó, albergó esperanza y rezó, dio sepultura a los queridos muchachos muertos que enviaban a casa, atendió a quienes volvían con heridas honrosas y mandó más a llenar las bajas abiertas por las terribles batallas que llenaron tanto el Norte como el Sur de una maraña de tumbas.

Las mujeres hacían punto y cosían los domingos igual que los días laborables para atender la demanda de ropa; los hombres vaciaban sus bolsillos con generosidad; y el ministro, tras predicar como un soldado cristiano, se quitaba la chaqueta y embalaba cajones de víveres como un padre tierno.

—Piden más hilas y vendas, y creo que hemos roto y deshilachado hasta el último trapo viejo del pueblo —dijo una señora atareada a otra mientras varias estaban sentadas juntas haciendo bolsas de consuelo en el tercer año de la larga contienda.

—He vaciado mi desván de casi todo lo que había en él, y ojalá tuviera más que dar —respondió una de las patrióticas madres Barrett.

—No podemos comprar nada tan suave y bueno como las sábanas y manteles usados. Los nuevos no sirven, o cortaría todos los míos —dijo una Wheeler recién casada, cosiendo con todas sus fuerzas mientras pensaba en los muchos primos que se habían ido a la guerra.

—Creo que tendré que dar nuestro mantel revolucionario. Es suficientemente viejo y suave como la seda, y estoy segura de que mi bendita abuela pensaría que no podría tener un fin mejor —dijo la anciana señora Hubbard, de cabellos blancos; pues Tabby Tarbell se había casado con uno de esa numerosa y digna estirpe.

—¿De verdad vas a cortar ese famoso mantel? —exclamó la mujer más joven.

—Sí, lo haré. Está en jirones, y cuando yo me vaya nadie lo cuidará. Parece que la gente no recuerda lo que hicieron las mujeres en aquellos tiempos, así que de nada sirve guardar sus reliquias —respondió la anciana, que se habría reconocido equivocada si hubiera podido mirar al año 1876, cuando el pueblo celebró su centenario y exhibió con orgullo las pequeñas tijeras con que Mrs. Barrett recortó papel para cartuchos, entre otros trofeos antiguos de aquel día anterior.

Así, el viejo mantel fue cortado con esmero en un cajón lleno de las hilas más finas y los compresas más suaves para poner sobre las heridas, y se envió a una de las mujeres de Concord que había ido de enfermera.

—¡Qué tesoro! —dijo cuando llegó a él entre otros consuelos recién llegados de casa—. Justo lo que necesito para mi valiente Rebelde y el pobre pequeño Johnny Bullard.

El «valiente Rebelde» era un sureño que había luchado bien y estaba gravemente herido de múltiples maneras, pero nunca se quejaba; y en medio de grandes sufrimientos era siempre tan cortés, paciente y valeroso, que los hombres le llamaban «nuestro caballero» e intentaban demostrar cuánto respetaban a un adversario tan gallardo. John Bullard era un tambor inglés que había

participado en varias batallas, tocando el tambor con entereza a pesar de las balas y los cañonazos; alegrando muchos fogones del campamento con su voz, pues cantaba como un mirlo y siempre estaba animado, siempre era valiente, y era un favorito tan grande en su regimiento que todos lloraron al «pequeño Johnny» cuando le amputaron el brazo derecho en Gettysburg. Se pensó que moriría; pero salió adelante, se fue recuperando poco a poco y ya empezaba a piar débilmente de vez en cuando, como un pájaro en convalecencia.

—Aquí, Johnny, hay unas hilas magníficas para ese pobre brazo, y unas compresas de lo más suave para la herida de Carrol. Está dormido, así que empezaré contigo, y mientras trabajo te entretendré con la historia del viejo mantel del que provienen estas hilas —dijo la enfermera Hunt mientras estaba junto a la cama donde el rostro pálido y delgado le sonrió, aunque el muchacho temía el duro cuarto de hora que tenía que soportar cada día.

—Gracias, señora. Hace tiempo que no tenemos un cuento. Me encuentro bien esta mañana y creo que estaré levantado para esta misma fecha de la semana que viene, ¿verdad?

—Eso espero. Ahora cierra los ojos y escucha; así no notarás los pellizcos que te doy, por suaves que intente ser —respondió la enfermera comenzando su penosa tarea.

Entonces contó la historia del mantel de Tabby, y el muchacho la disfrutó enormemente, riendo con la bofetada y el agua arrojada a la cara del alférez, y regocijándose abiertamente cuando los casacas rojas llevaban las de perder.

—Como hemos ganado al resto del mundo, no me importa que nos fuera mal aquella vez. Ahora somos amigos, y lucharé por usted, señora, como un bulldog inglés, si alguna vez tengo la oportunidad —dijo Johnny cuando terminaron el cuento y el vendaje.

—Así lo hará. Me gusta convertir a un valiente enemigo en un fiel amigo, como espero que podamos hacer algún día con nuestros hermanos del Sur. Admiro su coraje y su lealtad a lo que creen justo;

y todos estamos sufriendo el castigo que merecemos por haber esperado hasta que llegó esta triste guerra, en vez de solucionar el problema hace años, como podríamos haber hecho si hubiéramos amado la honradez y el honor más que el dinero y el poder.

Mientras hablaba, Miss Hunt se volvió hacia el otro paciente y vio por la expresión de su rostro que había oído tanto el cuento como las palabras. Él sonrió y dijo «Buenos días», como de costumbre, pero cuando ella se agachó a colocar una compresa del suave y húmedo damasco sobre la enfurecida herida de su pecho, susurró con mirada agradecida:

—Usted ha convertido a un «hermano del Sur» de enemigo en amigo. Viva o muera, nunca podré olvidar lo generosos y bondadosos que han sido todos conmigo.

—¡Gracias! Meses de angustia y dedicación bien valen la pena si se oyen palabras como estas. Démonos la mano e intentemos que el Norte y el Sur sean tan buenos amigos como lo son hoy Inglaterra y América —dijo la enfermera tendiendo la mano.

—¡Yo también! Me queda una mano y se la doy de todo corazón. ¡Que Dios le bendiga, señor, y que nos pongamos los dos en pie pronto! —exclamó Johnny estirándose por encima del pequeño espacio que separaba las camas, con el rostro radiante y la generosidad inglesa de perdonar a un enemigo caído en cuanto había demostrado ser un valiente.

Las tres manos se encontraron en un cálido apretón, y el gesto fue una pequeña lección más elocuente que las palabras para los presentes; pues el espíritu de fraternidad que debería unirnos a todos obró el milagro de enlazar a estos tres con los frágiles hilos hilados un siglo atrás.

Así que el mantel de Tabby tuvo al final un fin hermoso y útil.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB